

LA CANCION D LA AGUJA

POR ADELIA DI CARLO



A Atilio García Mellid
el poeta de la belleza, el
luchador infatigable, este
tu gentil y hombre bueno.
Con la simpatía intelec-
tual y personal de
Adelia Di Carlo

Buenos Aires, Agosto, 1922.

LA CANCION DE LA AGUJA

De la misma autora:

"Cuentos para Niños" (Agotado).

En preparación:

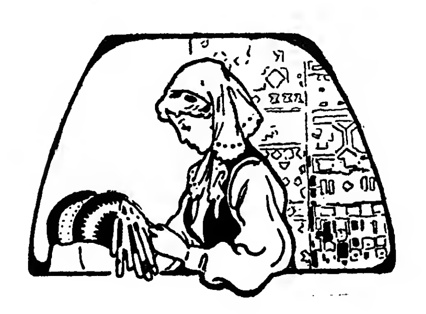
"Cartas de Ivonne"

(II Tomo de "Cuentos para Niños").

(Queda hecho el Depósito de Ley)

ADELIA DI CARLO

LA CANCION DE LA AGUJA



BUENOS AIRES
1922

A mi dulce amiga

Catalina De Campo-Tiraboschi

Corazón generoso y noble espíritu

Con cariño y gratitud

La Autora

PRELIMINAR

Aunque la paz no impera sino aparentemente sobre el mundo y grandes signos de interrogación se levantan frente a una humanidad ansiosa, retornan poco a poco sentimientos que antes de la guerra parecían haberse borrado: la fe, el amor, el sacrificio.

Adviértese igualmente el despetar del afecto al "home", entendido según el concepto inglés, y el nuestro, por el rinconcito sereno y luminoso, donde las líneas y los colores en armónica unión concurren a recrear el espíritu que en él se refugia después de la brega cotidiana.

Vuelven también numerosas actividades femeninas que se creían desaparecidas al influjo de la molicie, de las fruslerías, de los inventos para multiplicar el placer.

Viva complacencia nos causan esos retornos. Hay un sutil parentesco entre todos ellos. El alma cansada después de la hecatombe guerrera,

que ha hecho despedazarse, uno contra otros a los pueblos, cuya codicia y soberbia anunció al mundo el fracaso de la fraternidad, anhela llegar por diferentes caminos al renacimiento de los altos ideales para que surjan nuevo espíritu y nuevo vigor.

Mientras se aguardan formas de vida más justas, en los surcos abiertos por el esfuerzo continuado caen las simientes de amor y de concordia. Y en el nido tibio y dulce que nos acoge, nos proteje y nos reune, las manos no están quietas y se preparan infinitas labores, en cuyos dibujos y ejecución se afirma elocuentemente el gusto y la personalidad de cada mujer.

Grato es constatarlo en tiempos en que las máquinas en movimiento constante parecían haber alejado la posibilidad de que la aguja y el dedal recuperasen un puesto digno.

Todos los utensilios, todos los trabajos manuales tienen voz para quienes pueden y quieren **oir.** Son pequeñas voces que hablan quedamente a nuestro corazón en horas de nostalgias y de tristezas. Reuniendo los hilos para un tejido, comprendimos en una de esas horas que la aguja tiene también su canción y modula en silencio notas suaves.

He sentido (o he creído sentir) el alma de las cosas que parecen humildes, y a su influencia escribí los renglones cortos que entrego al público sin pretensiones literarias.

Había finalizado la obra cuando manos gentiles

hicieron llegar hasta mí un poema de belleza y de dolor de Hood, el delicado poeta inglés, ignorado hasta entonces por mí. Canta en él de una manera admirable la labor agobiante, el sufrimiento sin fin de la obrera de la aguja y del dedal. Algo parecido he realizado en "La costurera" que se inserta en estas páginas.

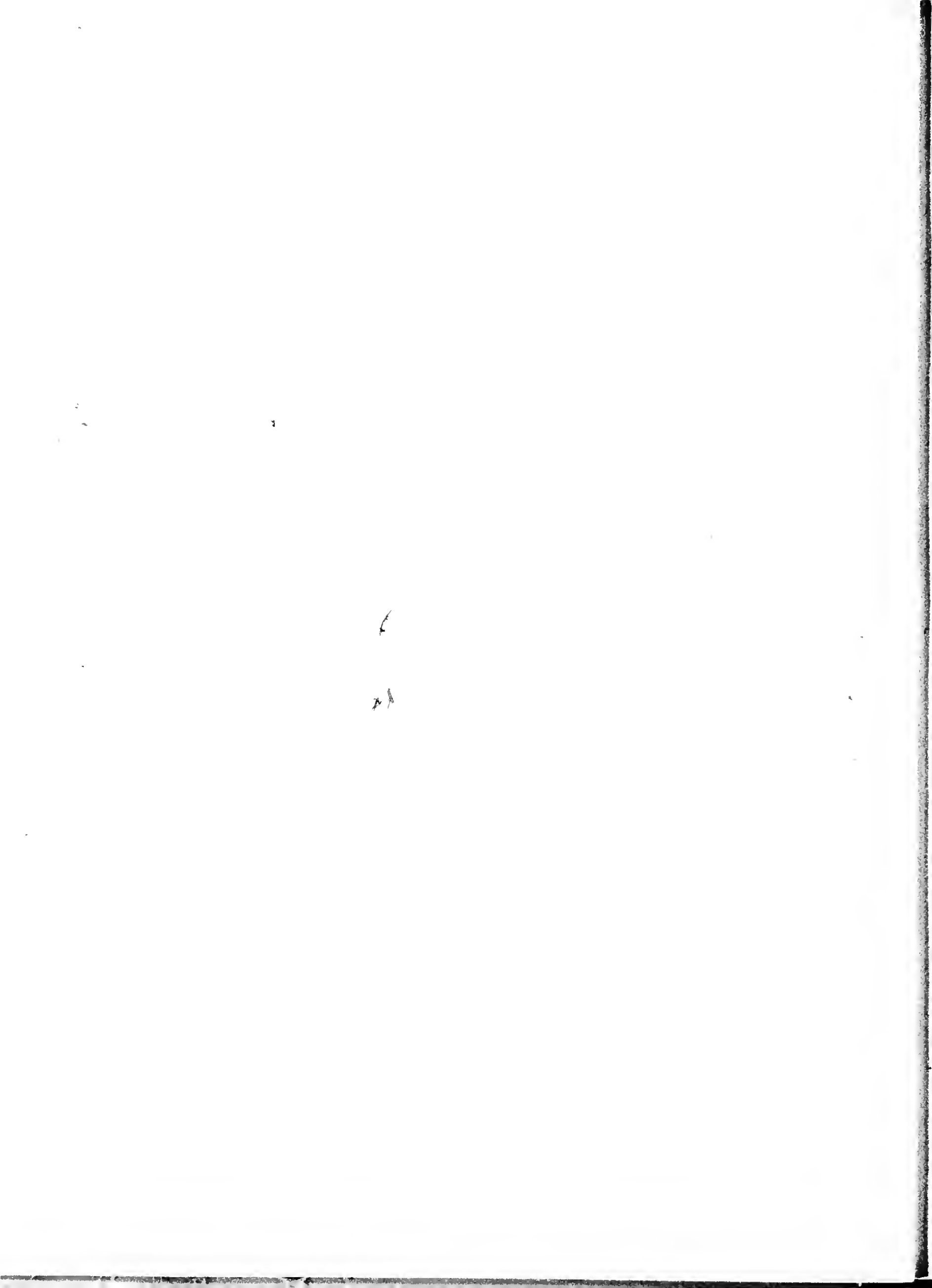
Decíamos que la aguja tiene sus notas, agregamos ahora que son diversas y llegan reconfortantes al alma herida...

En tanto que Mimí Puisón cambia en su cintura la rosa blanca por la bermeja, y en los talleres se siguen hilvanando telas y amores; en tanto que asistimos al triunfo del Mal de un mundo perverso y egoísta, con el ansia incontenida de una humanidad más buena y más feliz, vamos a refugiarnos en el rincón predilecto de nuestro hogar para escuchar las confidencias de ese alambre delgado que se hunde en la tela.

Inclinada sobre el bastidor, se sigue con la aguja el bordado de los pensamientos. Resuena la música misteriosa en nuestro corazón y... todavía nos quedan alientos y tiempo para soñar!...

Adelia di Carlo.

Buenos Aires, Junio 1922.



MOTIVOS DIVERSOS

EL BORDADO

Pálida, con la palidez de los cirios que no fueron jamás encendidos, paso largas horas encorvada sobre un bordado.

Siento que trasmito a la labor un poco de mi corazón, con el ansia del perfume que se vuelca en efluvios en un ánfora olvidada.

Sobre los hilos estrechamente unidos como sobre las cuerdas místicas de un instrumento ideal, corren notas de dulzura y de llanto que los profanos no pueden entender, pero que resuenan como sonidos de plata en la gran armonía del universo.

Nadie que no sepa lo que significa pasar y repasar la aguja millares de veces, millones de veces en un tejido aéreo que parece querer escurrirse entre los dedos, nadie puede conocer el sentimiento encerrado en esos puntos.

Son sueños que palpitan en el alma, son deseos ocultos e inactivos como simiente escondida en la profundidad de la tierra que el rocío no humedece y el sol no fecunda.

Es toda la potencia del amor, toda la feminidad desbordante que pone delicadeza en los dedos, los hace hábiles, dociles y que, después de enjugar las lágrimas de los ojos espectantes, hace florecer entre las manos otros sueños...

Pálida, con la palidez de los cirios que no fueron jamás encendidos paso largas horas encorvada sobre un bordado.

LA TELA

Mi mano guía la aguja sutil que va y viene, va y viene: en mis labios asoma una triste sonrisa.

Y la mano nerviosa recoge las tramas dispersas, simula las gastadas y poco a poco, diligente, compone, imita, rehace el tejido. Todavía algunas rebeldes intentan huir de la esclavitud de la aguja: pero esta las junta una a una: en breve dejará terminada su obra y desaparecerá la fealdad de la rotura. (1)

¡Oh, si así, pudiéramos recojer las tramas dispersas de la vida, hacer retornar las queridas visiones que poblaron nuestra mente y reunirlas en el cerebro fatigado; volver a encontrar los dulces sueños de la adolescencia y llamar al corazón cansado!

¡Oh, si pudiéramos simular las desaparecidas tramas de lo que fué, vivió, amó, sufrió, y crear en el presente un hermoso miraje del pasado!

---

(1) Como aquí se habla del zurcido no se trata en capítulo aparte. — N. de la A.

¡Oh vida, eterna, inmutable tela, de la que el tiempo roe sin tregua los hilos ténues que el corazón humano en vano se afana en componer!...

Mi mano guía la aguja sutil, mis labios reflejan una sonrisa, un ligero temblor me estremece, mientras aquella, ora se acentúa, ora desaparece.

La lámpara amiga está encendida; el reloj hace oir junto a mí su corazón de acero... la sonrisa vuelve!

Mi mano deja la aguja y me contemplo en el espejo; mi pálido rostro aparece envuelto en una luz muy suave y una ola de ternuras, de recuerdos, de inconcebible, de inesperada bondad me invade el corazón.

MI AMIGA

Tengo una antigua amiga muda, confiada, leal y luciente, dócil y buena, de quien Penélope y Ariadna fueron sus sacerdotisas.

Es mi amiga un minúsculo hilo de acero que ejerce sobre mí gran atracción: recoje mis sonrisas y mis suspiros, mitiga mas de un pesar y oye mis lamentos.

Mi amiga se desliza siempre sobre paños blancos u obscuros, ricos o míseros, ténues o gruesos.

Esa dulce compañera reinó soberana entre las pequeñas, suaves manos de la dama medioeval que, deponiendo el arpa o el mandolín, únicas distracciones de su vida mística y solitaria — sabía interesarse por ella, bordando con su ayuda chinelas, tejiendo fajas, elaborando corbatas, encajes; el corselete que endosaba su bien amado, o el padre o el hermano el día de la batalla, o del casamiento de este último o de su novio el día del fausto acontecimiento...

En estos tiempos, mi amiga la aguja, escribe también su poema de amor en manos de la costurera, de la modesta bordadora, que saben ofrecer a seres queridos el objeto ideado por su ternura y realizarlo sacrificando reposo y fuerzas en los únicos ratos destinados a sencillos pasatiempos o al sueño reparador...

Paso y repaso la aguja en paño sedoso... Mi

fiel compañera me cuenta que ha visto llorar muchos ojos y mover muchos labios al impulso de un secreto dolor.

Ha temblado igualmente en manos de pobres obreras o de ricas señoras, y advirtió cómo se abrían poco a poco sus corazones al influjo de la herida de amor...

Se deslizó también entre las manos de la joven madre, y junto a la cuna de sus amores pasó largos días yendo y viniendo sobre la blanca tela que vestiría a una novia.

—¡Oh! vuelve, vuelve al corazón que te aguarda siempre... vuelve! — oíale decir a la pobre madre abandonada.

Todavía un punto, y después habría terminado el trabajo que la aguja por sí sola no sabe hacer, pero la mano se detiene y los grandes ojos se llenan de languidez. Luego... se cierran agobiados por el peso de mucha luz, de muchos pensamientos.

Falta un punto en la tela: un punto solo y la canción quejumbrosa de la dolorida mujer muere como un soplo, y el alma extraviada sigue el sueño interrumpido...

En mi lienzo también falta el último punto...

¿Por qué se detiene mi aguja que nada sabe?...

Tengo una antigua amiga muda, confiada, leal y luciente, dócil y buena, de quien Penélope y Ariadna fueron sus sacerdotisas.

EL HILO

Compañero inseparable de mi amiga la aguja, hebra larga y delgada, de valor inapreciable por las mil utilidades que reportas; sin tí no sería posible formar, preparar, unir, tejer, añadir, bordar, crear notas de arte y de belleza.

Hilo frágil, en tus vueltas y más vueltas entonas en cada día la canción silenciosa, la canción sin palabras del trabajo.

¡Apareces y desapareces en el constante hundir de la aguja, en el enlace de los puntos, como aparece y desaparece fugazmente la esperanza en los días de angustia o de peligro.

Hilo amigo, hilo bueno, obscuro propulsor del progreso de los pueblos; simple como los grandes genios, humilde como la bondad que se exterioriza sin heraldos en múltiples formas, hilo amigo, tú también tienes historia. ¿Recuerdas? ¿Recuerdas?... Ariadna te dió a Teseo para que encontrara el camino del Laberinto. Teseo por ese medio mató al monstruo.

Hilo amigo, ¿por qué fuiste el medio? ¿No sospechaste que Teseo dos veces vencedor robaría a Adiadna enamorada y la abandonaría ingrato y maldecido en las riberas de la isla de Naxos?...

Díme hilo amigo, dímelo quedamente, ¿verdad que en tu larguísima existencia muchos Teseos encontraron las juveniles manos que te acogían diariamente en la primorosa labor con que distrajeron sus ocios o se ganaron el pan?

Hilo con que fabrica la infatigable araña su tela semejante al ñanduty; hilo que el gusano de seda necesita en la elaboración de su capullo; hilo que sigues el curso ordinario de la vida; hilo tan tenue que, al igual de la existencia humana, basta un breve corte para que se interrumpa, para que tenga término; ¡cuántas cosas sugieres, cuántas enseñas!

Dice el hombre muchas veces: "Sigo el hilo". Sigue el hilo de la idea, del discurso; sigue el hilo de la trama o del enredo y descubre la verdad, y asiste a desenlaces no esperados.

¡Ve **el hilo** y le muestras el principio de una cosa para que conozca el resto y llegue al fin. ¡Hilo, amigo tan finito y tan frágil, haces bien en el silencio, haces bien!...

Ahí estás en mi costurero envolviendo los carretes, siempre pronto, siempre ansioso de ser útil. Ahí estás formando ovillos y madejas, y te veo ya de lino, ya de lana, ya de seda o de cáñamo, y

te admiro en hermosa policromía que recuerda de las flores los verjeles primorosos.

Y, de todos tus colores, yo prefiero el del blanco inmaculado, porque blancas son las hebras veneradas que cubren en dos alas la cabeza de mi madre!

Después, el azul claro viene en pos, porque azul fué la flor que el Ensueño puso en mi alma, y bella y lozana creció en ella, pero vino el Desengaño y sin piedad se la llevó.

Hilo amigo, hilo bueno de color amarillento por el tiempo transcurrido que sostienes en unión las flores ya marchitas de un amor, que murió como los lirios. Yo te quiero y proclamo tu excelencia, hilo frágil, compañero infatigable de la aguja que te envuelves en carretes, como envuelven mi alma los hilos mágicos de una voz dulce que me habla de vida, de venturas y de amor.

LAS TIJERAS

Utiles sin duda alguna las tijeras, útiles para el bien y para el mal. Son sus hojas dos cuchillas, dos cuchillas asesinas que separan, que quitan, que desgarran. Están trabadas por un eje en mitad de sus dos hojas, como es eje la persona o la cuestión con quien la lengua malediciente se ensaña sin reparo y acosa con ahinco, impasible ante el mal que consciente ella produce.

Instrumento de trabajo o de exterminio: al remate dos anillos fueron hechos para servirse mejor; y el manejo se hace fácil, y las hojas impertérritas a la presión de los dedos se introducen en el paño a dividir.

Dos anillos que nada dicen de alianza, porque jamás fueron hechas las cuchillas para enlace en el mano vivir. Dos anillos que evidencian el afán siempre laudable de los hombres a perfeccionar cuanto tocan, cuanto usan.

¡Oh tijeras! Eres como esas almas malas que ni el amor las redime... ¿El amor? ¡Qué digo! ¡Ellas no saben de amor! ¿Cuándo se hará la poda de esas almas? En manos de un genio inmortal es preciso que se entreguen las tijeras que han de proceder al corte.

Es una poda que se impone y que el mundo reclama para bien. Para bien es que, en manos del podador impasible vàn las tijeras desgarrando la parra y a cada golpe parece que un gemido le acompaña. Para bien, porque en la estación florida los tiernos brotes nazcan.

A los golpes de tijeras caen las ramas de los árboles, para que en la primavera nuevos retoños les salgan.

Y a los golpes de tijeras se corta y acorta la tela de ajena reputación... menoscabando la vida.

Necesarias para el bien y para el mal, las tijeras eliminan lo que sobra, deshacen, descosen lo que se quiere enmendar y forman rápidamente las aberturas.

Mis tijeras de labor han servido esta mañana para cortar las las margaritas reunidas en un gran vaso colocado sobre el altar de un sepulcro que en la penumbra de la tarde recoje una ténue luz difundiéndola en una mancha blanca semejante a una cosecha de pequeñas hostias de corazón ardiente; dulces y tímidos susurros corren en ese altar, soplos errantes de la vida que han quedado unidos a las formas, palpitaciones del alma universal que transporta en un único vuelo amores y dolores de los hombres, belleza y fragilidad de las cosas...

Utiles sin dada alguna son las tijeras, útiles para el bien y para el mal.

EL DEDAL

Instrumento pequeñito de metal o de marfil, que en la mano femenina laboriosa siempre luces; instrumento pequeñito de cilíndrica figura siempre igual. Desde tiempos medioevales te ha elegido la mujer para no herirse al coser; porque ella advirtió el riesgo, con palabra cariñosa pidió al hombre te creara.

Instrumento pequeñito cerrado o no por casquete, que su forma tomara de la esfera: los árabes hicieron de tí creaciones primorosas y los honores recibiste del museo.

En la cesta coquetuela de una dama linajuda, hecho en precioso metal, ostentas en artístico consorcio unas piedras de valor, que la vanidad, siempre despierta, sobre ti acumulara. Pero ocioso, te enmoheces y suspiras anheloso de otras manos, de otras épocas, en que no te desdeñaron las princesas y las reinas.

Eran tiempos más hermosos. Eran tiempos de sin par galantería. En las horas de las noches invernales dedicadas a la aguja, al temblor de unos violines y al sonido de una voz, la tímida doncella

se asomaba a la ventana; al saludo con su diestra agradeciendo el poético homenaje, te llevaba puesto al dedo.

Y al calor de sus sonrojos que dos flores de granado dibujaban en el rostro, y al sonreir imperceptible de una boca de carmín, dos hoyuelos se formaban, dos hoyuelos que retrataban fielmente los que llenan tu redonda superficie.

Instrumento pequeñito sirves siempre puesto junto a la extremidad, y coraza de mi dedo vas empujando a la aguja sin temor a que me hiera.

Tú no tienes vanidad. Y realizas tu misión en la mano de la obrera que incesante te maneja noche y día; en la de la dulce joven de los ojos soñadores que se inclinan sobre sedas; en la de majestuosa matrona de nevada cabellera; en la de la bendita mano de la artista; en la de aquella que cediendo a sentimientos o anhelos amontona las palabras en las páginas en blanco, y en la criatura que, ignorando aun el mal, comienza vacilante sus primeros puntos en fina tela que feliz a su manita se somete.

Instrumento pequeñito: Si a buscar yo fuera emblema de un blasón, sólo a ti elegiría y a la aguja que es mi amiga más antigua y más leal.

LA HEBRA

Ondula levemente después de mis treguas impuestas por el cansancio en la labor continuada, esta porción de hilo que para coser necesito.

Antes que llegara a ser lo que es tuvo que ser hilada, naciendo entre la rueca vuelta a vuelta.

No saca hebra nueva la doncella hasta que esté torcida la que tiene entre ambos manos, esas manos santas que saben de todas las fatigas y de todas las bondades.

Cándida y sencilla tiene el largo que la Voluntad le impone. Al pasar por la tela con su esbeltez que encanta, va encerrando algo de humano con algo de divino.

Estambre o seda tiene la sutileza que soñara el alma en horas melancólicas; ágil, se escapa a veces de los dedos y ensaya breve vuelo.

Flota apenas un segundo, y al cortarse, semeja un verso que suspira...

Hebras traslúcidas de savia suben y bajan en árboles y plantas vertiginosamente y en actividad incesante.

Hebras, muchas hebras de todos colores se reunen en las telas.

Diverso es el destino que a ellas les cabe. Con muchas se forman túnicas de seda; otras se las ve en burdo paño. Las hay destinadas a las mantillas de los infantitos y otras a las vendas.

Triste, muy triste la suerte de aquellas que forman el pespunte en los sudarios.

Hebras, siempre hebras: en las telas, en los árboles, en la vida.

Muchas hebras de luz yo ansío hasta el final. Con ellas tejeré fino y dorado velo de Ensueño y de Ilusión.

EL NUDO

Se han unido los cabos y se han formado con ellos dos lazos encontrados. Comienzan después a tejer las horas alegres la tela de oro de un primer amor.

El nudo ha sido **ciego**, ciego como Cupido que lanza sus flechas sin fijarse a quien hiere.

Nuestros dedos lo hicieron muy apretado: ¿es posible pensar que este nudo pueda desatarse un día?...

La aguja prosigue su canción silenciosa, y pronto la hebra va a terminarse.

¿Así finalizarán nuestros amores?...

La noche ha caído y una honda pena devoró mi corazón.

El día llegó iluminando todas las cosas... Ninguna noticia trájome del amado.

Y así un día y otro día. El silencio me oprime deteniendo por instantes mi aliento: en mi alma palpita el afán del misterio...

Otro nudo se ha hecho ahora: un nudo que me acongoja, que me impide hablar.

Creíalo atado al yugo de un sentimiento inmenso, como se ataba la lanza al carro de Gordio, antiguo rey de Frigia.

En este el artificio había hecho imposible descubrir los dos cabos: en cambio fué evidente la unión de nuestras almas.

Quizá mañana se abra la puerta y él aparezca con las manos llenas de flores.

Mas los días se suceden unos tras otros y el Amado no vuelve: la desesperanza va penetrando por todo mi ser.

La Duda ha hecho un velo tan espeso que ensombrese todas mis ideas: comienzo a presentir que el lazo se afloja.

Hice el nudo en la nueva hebra: hay que hacerlo siempre: la costura así se afirma.

La acción de anudar la hebra se multiplica en largas jornadas hasta lo infinito: enséñame a no confiar.

Hebras tras hebras se suceden en las manos ávidas de placeres: la flexibilidad de sus ansias los unen, se malgastan con el roce y luego mueren en el hastío.

Grande fué mi pena al comprenderlo: a mis ojos acudieron las lágrimas y el reproche asomó a los labios.

Mis manos desató del anillo, — guardado en precioso cofre — la cinta rosa, y arrojélo por el balcón.

En la calle unos obreros movían unas cuerdas que sujetan grandes toneles en las que habíase formado un "nudo corredizo".

Lo contemplaba apartarse más y más a medida que aumentaba el esfuerzo ejercido: así apártase más y más la Ilusión que fué mi encanto en el pasado amor que al irse, puso sombra eterna en mis días!...

HILVANANDO...

La mano sigue guiando la aguja en la costura de puntadas largas con que aseguro y preparo la fina tela que he de coser después de otra manera.

Mientras el hilván traza y proyecta, oigo una voz que allá en el silencio de la calle desierta, bajo la sombra de las acacias murmura:

—"Tu ventana es como un sol esplendente: los vidrios tienen mil destellos, una luz dorada llueve sobre mí que, desde abajo, la contemplo. Tu ventana es mi sol". Las puntadas largas prosiguen lentas, mientras presto oído atento a lo que me dice esa voz:

—"Pero cuando riegas las flores de tu balcón, y sus tallos se balancean con el viento inclinándose algunas veces hacia mí que las contemplo, tu balcón paréceme más florido que un jardín. Tu ventana es mi jardín.

"Y si desde allí te asomas a mirar el cielo y tus ojos negros se vuelven un instante hacia mí que anhelo darte mi corazón, de tu mirada se desprenden tantas fuerzas de amor, que con ellas yo con-

prendo el paraíso. Tu ventana es mi paraíso".

Ahora la mano trabaja con prisa: la emoción le da bríos.

La voz se deja oir nuevamente:

—"Tu ventana alma, tiene el encanto de las cosas profundamente amadas. Yo puedo mirarla largo, largo, sin cansarme nunca, sin que mi corazón cese de repetir: **Ella** está allí: quédate!"

Esta vez he hilvanado con tal precipitación que aseguré mal la tela y tengo que deshacer lo hecho.

Así en la vida: un continuo hilván: se hilvanan las ideas, los detalles, las palabras, los sentimientos.

Esa bastilla larga que pretende **asegurar** en la tarea diaria, siempre se quita luego en la costura de una tela.

Mientras yo hilvanaba la gasa que había de cubrir mi cuerpo, escuché esa voz fascinadora que fué trazando en mi alma largas puntadas con el fin de **asegurar**.

Aquello se redujo sólo al hilván porque el espíritu que elevó esa canción solamente conocía el encanto de las cosas fugaces, y se embriagaba con las palabras como los niños se entusiasman con las canciones que alegran sus juegos.

Yo sigo hilvanando, hilvanando...

Esos detalles van proyectando la gran tela en que ha de fijarse para siempre la figura de ese genio maléfico que se llama Escepticismo.

EL TAPIZ

Muchas noches de paciente labor han sido empleadas en confeccionar un tapiz que yace a los pies del sillón de mi madre, casi humillado e implorando la gracia de sus dulces ojos.

Están representados en él pedacitos de telas diversas, recogidos con fervoroso cuidado en muchos lugares y de muchos modos: están representados en él la vida, las almas. Un punto los cierra estrechamente.

Este tapiz es testimonio de más de un litigio entre mi hermana y yo, cuando la una pretendía acompañar al anaranjado intenso con azul fuerte, y la otra quería unir en cambio el verde esmeralda al violeta obispo o al color púrpura de las amapolas.

Noches largas, largas como la espera, de descontentos disimulados, de recuerdos, de sueños desvanecidos que las dos hermanas acumulábamos en nuestros corazones. Todas esas horas trans-

currridas en un pensamiento y en un trabajo común, viven todavía en el fervor de la obra dedicada a nuestra madre.

Ella sabe muy bien cuánto amor hemos puesto en ese tapiz; ella, la santa de todas las gracias, mirará siempre con sus ojos dulces a sus hijas sacudidas por todos los dolores.

El tapiz no es otra cosa que un presente de fe sincera que arde todavía, arde! gracias a ella.

UN FESTON

He bordado una blanca tela donde una santa misericordia sonríe.

Parte de la misma está pintada delicadamente.

Se enriquece con un encaje muy fino de hilo dorado, y bordados de lana en los matices más armónicos y suaves.

Un festón de geranios y de violetas circunda la cruz central sobre la cual se posa atravesándola una guirnalda de de rosas abrazadas a la cruz con tierno abandono en una fusión de amor y de dolor.

Más delicada que los festones de geranios y de violetas ondulantes sobre las redes de hilo de oro, que la pequeña cruz enguirnaldada de rosas, la voz del amor palpita quedamente...

Oh! sus tiernos besos, oh! las dulces horas en que escuchaba el lenguaje de un corazón que se confía a otro corazón... las ilusiones y las esperanzas que tú permitiste oh!, Señor!...

He bordado una blanca tela donde una santa misericordia sonríe.

EL COSTURERO

Las agujas, el dedal, la madeja y las tijeras, los carretes con sus hilos, alfileres y corchetes, brochecitos y botones, la costura y los ovillos se han mezclado.

La mesita con cajón y almohadilla, ya de mimbre o de caboa, bienhechora los alberga y reúnelos amante sin hirlentes preferencias.

Cada uno su misión va cumpliendo presuroso. Cada uno se prepara a ocupar su lugar en la diaria aplicación que las manos femeninas le destinan.

Unos muestran condiciones para el bien y para el mal. Otros no saben más que el bien que realizan incansables.

Condenados unos y otros a vivir en perpetua relación, son mejores que los hombres: desconocen las rencillas y pasiones, no se hieren a conciencia ni se envidian y en feliz fraternidad van cumpliendo su misión.

Costurero bien amado, que los útiles encierras de labores femeninas, no hay mujer que te desdeñe si de tal se considera; no hay mujer que junto

a tí no transcurra de sus horas las más bellas, de sus horas muchas de ellas de tristezas y de afanes, desalientos y abandonos.

Todo a tí llega el eco de su alma placentera o dolorida. Y lo saben las agujas y lo saben los carretes con sus hilos, y lo saben las madejas y tijeras, los dedales y corchetes.

Toda ansia, todo suspiro, toda risa, todo llanto cada uno de tus huéspedes de él conoce su historia o el origen.

En tu cajón y almohadilla, ya de mimbre o de caoba, van juntándose con ellos, los más mudos testimonios de esas horas, de esas vidas.

MADEJA

Muévense los dedos y pasan rápidos como la onda misteriosa de una música sin palabras.

Recójese por medio de un aspa o torno el hilo que da vueltas en derredor del instrumento: así queda doblado circularmente, después con facilidad se devana.

Siempre hábiles los dedos desenredan; luego el orden en los hilos impera por virtud de paciente trabajo.

Así pasan muchas vidas en blando giro: desdeñando humanas preocupaciones, indiferentes a todo, sin saber más que el Placer besa sus frentes...

Existen en cambio **hilanderas** que dan al mundo todas sus hilazas de trama como de estambre en **madejas** aspadas.

Ellas son de fértil peso a la Tierra.

Ellas devanan continuamente y realizan prodigios de orden: llenan de encantos el camino azul de los amores.

Una voz murmura a mi oído quedo, muy quedo, palabras de una música excelsa. He caído en éxtasis...

La madeja que tuve entre manos ya está devanada, más ¿cómo haré para devanar la que se ha formado en el alma?...

OVILLO

En el silencio, allí junto a la lámpara, entre los objetos de labor, sin pretensiones, está el ovillo de algodón ya devanado.

Las manos a cortos intervalos se apoderan de él para munirse del hilo que le da forma.

Las cosas enredadas y confusas él representa. De las cosas que se encogen y recogen, se contraen, se acurrucan impulsadas por el miedo o el dolor.

Son las cosas que se embrollan, se confunden en la acción en palabra o en discurso, que, un ovillo van creando.

Las sin trabas y sin arte; las que tímidas o ingenuas en demasía al avance se hacen lío; al tropiezo con la duda, dificultad o contradicción, la primera, se detienen temerosas.

Buen ovillo de lana o seda, sin pensar en motivos que te encumbren, todo tímido y humilde, a la aguja acompañas a cantar.

No te agita la ambición, no te asaltan los deseos egoístas: chico o grande, rico o pobre con tus hilos, te conformas con la dicha que te dan las dos manos que te buscan.

Te inclinas ante afanes de trabajo; no sustentas las ideas que separan, y en el orden que supieron dedos suaves darte siempre, ingresaste a las filas de elementos de labor.

EL CARRETE

En labores femeninas es necesario el cilindro taladrado cuyo cuerpo es de madera con reborde en sus extremos.

Siempre muy solicitado, él arrolla los hilos de lino, seda o cáñamo.

Es reflejo de los débiles: despojado lentamente, no protesta.

Como aquellos, al final todo vacío, se le arroja con desprecio por inútil, olvidando el servicio que prestara.

Como aquellos, calla, calla: no conoce los reproches, ni las santas rebeliones.

¡Pobre amigo! Despojado de su ténue vestidura, aseméjase a un muerto que el sudario le quitaran!

¡Pobrecito! Al caerse, rueda siempre: como ruedan al abismo muchas almas que la vida emponzoñara, que los gérmenes trajeran de los vicios, que un estigma fatal los señalara!

Y la vida que perdona a menudo a los malos, inexorable con los débiles se muestra!...

Al verlo en el costurero, grande o chico, en unión de otros hermanos, ostentando de los hilos los colores variadísimos, desplegando tantas veces la hermosura de las sedas o de la plata, nadie piensa en el final que a su término le aguarda.

También símil de la vida, los que saben **comprender** en tí encuentran.

Desprovisto de las pompas adoradas por un mundo insaciable de los brillos, nada vales! ningún mérito ya tienes a los ojos de las gentes!

Y peor que a los humanos, el destino te depara de morir entre residuos.

Sin embargo, tan humilde y tan callado, tú la forma de un objeto necesario a la Ciencia proporcionas: los carretes constituyen una parte esencialísima de infinitos aparatos, que una fuerza muy potente va moviendo.

A importunas pretensiones de las gentes, con halagos y promesas siempre fáciles y vanas se entretienen; la popular sabiduría llama a eso: **dar carrete.**

Juguetito de mis años infantiles, de recuerdo inolvidable. Ya vacío, a tí sujeto un largo hilo, imaginábame al rodar, que eras el coche que llevaba a la más chiquitita de todas mis muñecas, que entonces, despertaba en mi alma de amores el más puro!...

¡Pobre amigo! Despojado de su ténue vestidura, aseméjase a un muerto que el sudario le quitaran!

LA RUECA

Frente a la gentil compañera del huso, multitud de Margaritas se detienen laboriosas.

Ya sus manos van fijando en el gancho diminuto, el copo de algodón, lana o seda que muy pronto han de hilar.

Y muy flojo, movedizo, como palabras que se escriben sobre arena, la tarea de desprenderlo poco a poco se hace fácil.

¡Oh! las rubias hilanderas que ejecutan la faena, que dedican al tejido de las ropas sus horas más hermosas.

¡Oh! las negras cabelleras que se inclinan y los ojos pensativos que añoran otro **hilado.**

De la rueca, que gentiles canciones mereció de los poetas, una hebra del copo se desprende, una hebra que recuerda timideces infantiles.

Y las suaves Margaritas mientras desprenden y tiran esas hebras y otras veces las retuercen en sus manos, piensan en la rueca de la Vida y en sus hebras; en corazones atormentados que se retuercen, que destilan por mil puntos la sangre que Dolor o Injusticia envenenaran.

Esas manos femeninas que en días de luchas fratricidas entre pueblos de grandeza y poderío, llevaron donde quiera que fueran el gesto de la misericodia: esas manos no sacan nuevas hebras hasta que no estén torcidas todas las que hay entre ellas.

Esas manos portadoras por doquier del viático de amor; esas manos de madres, de esposas o de jóvenes hermanas, delicadas y tiernas como flores que se abren las primeras al nacer el día o que llevan el sello de numerosas jornadas de la vida:

Esas manos que muy hábiles, ligeras, imprimir saben al huso un movimiento rotativo, al huso que está colgado, forman un hilo fino, muy fino que se arrola y más arrolla en torno a aquel.

Esas manos endurecidas por trabajo rudo, o dulcemente suaves de las más privilegiadas de la suerte, esas manos que parecen atraer a la alegría; esas manos ya de reinas o de humildes mujercitas, de religiosas o de obreras, esas manos que el trabajo santifica, enganchan el hilo de nuevo en torno al huso, y recomienzan y continúan muchas veces, muchas veces en el día la femenina ocupación.

Los pobres de espíritu que no conocen la hermosura de ensueños que confortan con su batir de alas blancas; los que dieron su mano al Vicio, los que viven para sí, para su gloria, desdeñan al benéfico instrumento y no saben de su íntima poesía,

poesía que se extiende cual hilado sutilísimo a la vida y a las almas.

Muy antigua es — dicen unos — muy antigua. A través de las edades el procedimiento no ha cambiado — dicen otros. Y el hilo que resulta es desigual y el trabajo se hace lento, preferimos a las máquinas — habla la voz, que alardea de práctico **magister.**

Muy antiguo es el Amor — exclamó la Margarita de los ojos soñadores. — Muy antiguo... y a través de las edades se conserva siempre igual. Fuerza viva de la creación, ciega, inmutable, eterna, en su camino encuentra siempre corazones que se abren á sus flechas, corazones que están ávidos de ilusiones y de sueños, corazones que al amar han firmado su sentencia de dolor...

Y las manos femeninas, esas manos que el poeta ha besado tantas veces, esas manos que en días de combates sin iguales el martirio y la gloria imprimiéronle su sello, se llevaron a la rueca para siempre a su morada, y van hilando, van hilando incansables, en la rueca del Amor, en la rueca de la Idea, en la rueca del Recuerdo...

EL BASTIDOR

Un amigo siempre amante, con sus brazos siempre abiertos, va acogiendo entre los mismos fuertes e inmóviles el fino lienzo.

Y tirantes ya las telas, los dibujos preparados, se inclinan suavemente los diez pétalos de rosa de las manos de la artista bordadora.

Aparecen las madejas, y resaltan los colores de las mismas sobre el paño ya extendido, y la aguja fiel intérprete va fijando mil motivos.

Otras veces ante el lienzo que aparece entre listones de madera del amigo bastidor, va llevando sobre el mismo un girón de la belleza, la mano de la artista del pincel.

Otras manos, otras artistas: ya Ofelias, ya Julietas, van bordando los poemas del amor en la tela de las almas de los Hamlets y Romeos.

Son sus brazos, son sus pechos amorosos bastidores, y el sentir de sus amados son la tela donde fijan los puntos y los hilos que señalan las ternuras, los impulsos que rebosan sus amores.

Aunque ruede todo el mundo, aunque torpe la materia se declare soberana, no morirán las Ofelias y Julietas; a su influjo, vivirá la poesía y el amor: habrá crímenes y celos, y, legiones surgirán de otras amantes sublimes cual los nombres que trasmiten esas remotas edades.

Aunque nuevos ideales se perfilen en la vida e inquieten de continuo a la mujer moderna, no olvidará a la aguja y bastidor; compañero que le aguarda sin cansarse, compañero que sostiene muy tirante fino lienzo, y en el que ha de desgranar los primores de su arte.

Mientras bordo alba tela, voy pensando en otras cosas. Voy pensando en la abundancia en que viven algunos hombres; voy pensando en el hambre de los míseros, en sedientos de justicia.

Yo anhelo que las gentes no se fien de apariencias, y penetren en los grandes **bastidores** de la vida.

Y comprendan muchos males, muchas cosas inestables y reales, que los **miopes** y egoístas nunca vieron.

ALFILERES

Ha brotado de mi dedo una manchita toda roja, una manchita producida al rozar un alfiler que he prendido a mi costura.

Semejante a esos seres que potencias cerebrales recibieron de Natura, no teniendo un corazón que a amar los inclinara, el clavillo que afirma esta pieza de labor, lleva cabeza en un extremo y una punta por el otro.

Según nos cuenta la historia, a mitad del siglo XV, apareció el alfiler en la patria de los galos. De tamaño gigantesco a los actuales, de oro y plata, hierro y cobre se le hizo.

Adquirió los alfileres la viajera Catalina, en París, e introdújolos en Londres, vieja Londres, de una fama universal en las grandes libertades.

Y la buena Catalina, la penúltima consorte de un Enrique, rey inglés, los difundió de tal suerte que alcanzaron gran favor.

El clavillo utilísimo comenzó por ser un arte y a los fines industriales pasó luego, y transpuso las fronteras, adoptándolo España, la gran madre de dos mundos.

En los pueblos que marcharon alumbrados por la antorcha bendecida de la luz civilizadora, fué ese objeto tan chiquito y tan útil, propagándose con marcada rapidez: llegando a simbolizar el buen gusto y la elegancia.

Gran favor le fué acordado por especiales preferencias de las damas de noble alcurnia y elevada posición, en los siglos diez y siete y dieciocho. Fué la joya más buscada, y ha llegado a nuestros días, como joya y utensilio de labor.

Un mayor tamaño alcanza a los comunes, esos lindos alfileres que sujetan exteriormente una prenda de vestir o una parte del tocado: alfileres de corbata, alfileres de mantilla, alfileres de sombrero se les llama.

¡Alfileres, alfileres! Son clavados en las almas por insulto o la perfidia. Alfiler en la mirada, alfiler en la expresión que insinúa o que provoca.

¡Alfileres, alfileres! Prenden siempre ciertas gentes dando poca consistencia o solidez a las cosas, que resultan de un efímero durar.

¡Alfileres, alfileres! No lo deben ni uno solo los honrados. No lo dan ni uno solo los mezquinos. Ni en las grandes multitudes uno solo halla cabida.

Alfileres, alfileres! que se clavan mil y mil en las almas de los buenos y se hunden en la carne de los justos.

¡Alfileres, alfileres inconscientes!; ¡qué rasguños en mi piel y en mi alma han producido!

Semejantes a esos seres que potencias cerebrales recibieron de Natura como único presente: alfiler, tú no tienes corazón!

EL TELAR

¿En qué mundos ,en qué tiempos se formaron los telares, en los cuales nacerían tantas almas inferiores: tantas almas que se arrastran por senderos de tinieblas, de mezquinas, de pequeños sentimientos, de ruindades y de envidias?

Si esencial para la industria es el útil aparato que fabrica los tejidos, esencial para la vida del humano, es el telar.

Ya la mano o la mecánica a la tela que fabrica se aplicó: más difícil es sin duda aplicarlas a las almas, tan difícil que el telar que las produce no ha sabido de los medios, no conoce los secretos que las formen para el bien.

¿Dónde el sabio, dónde el Dios que inventara otro telar?...

Los benéficos telares industriales lo componen partes fijas y movibles: de punto de apoyo la misión han recibido las primeras, y un trabajo interminable fué confiado a las segundas.

Nada saben de esas cosas un gran número de hombres: ¿para qué? En la vida de placeres y de

luchas por **llegar,** no detiénense a **mirar** si a su paso pisotean los gentiles sentimientos de los **otros.**

Ya las mallas van surgiendo del telar: la **sencilla,** con dos bucles prolongados que se enlazan; la de **anillo** de mayores perfecciones; la que llaman **corredera,** divididas en **común** y en **mayor:** contando la primera con dos mallas de acabada sencillez, y la segunda, de los bucles que sostienen un anillo de cuerda en que el hilo de la urdimbre por él pasa.

Y los **peines** y **lanzaderas,** finalizan de su obra los primores.

Con el alma iluminada por las grandes ilusiones, fabriquemos una tela que no reuna en sus hilos los afanes de dominios delirantes.

Esperando ver al fin la promesa realizada de la Unión, preparemos fuerte tela.

E innúmeros mortales trabajemos frente a telares inmensos, con sus hilos muy tendidos, muchos hilos; con los husos en la mano olvidados de las armas fratricidas.

Sin recelos reunamos los hilos más preciosos, y confiemos al arado, a los libros, a los caminos de hierro, la misión de derribar las barreras egoístas que separan a los pueblos.

Que telares nuevos se hagan; que las telas buenas sean y los **peines** las depuren y las **lancen** a vivir con amor en cada hilo!

VAINILLA

La tarea del menudo y sutil deshilachado ya está hecha: a la orilla de la tela, asegurando el dobladillo va la aguja recogiendo uno o dos o más hilos de esa urdimbre y los fija en la doblez.

Esa vainilla se llama: la sencilla. En la **doble**, los puntos se toman a ambos lados de los hilos que faltan en la parte de la tela en que ninguno fué sacado.

Mas el arte requiere que los puntos se combinen y se formen los dibujos. Y las hadas que vigilan la faena femenina van guiando blancas manos y preciosos se diseñan arabescos infinitos.

Y al final, el calado a un buen gusto satisface, y la artista que imagina nuevos puntos, admirada de su propia obra se siente.

Si al sutil deshilachado, si a recojer los hilos y fijarlos, si a combinar los dibujos más hermosos en su **interior**, muchas vidas se prestaran: cuánto bien!...

TEJIENDO

Así como se forma con la trama y urdimbre la tela en el telar, así vamos formando la tela de la Vida con esperanzas y dudas, con ilusiones y realidades, con sueños y visiones, amando y sufriendo, en vaivenes constantes...

¡Cuántas veces se tejen unas redes muy doradas, para hacer caer en ellas a la astucia y a la malicia enseñoreada de tantas almas!... Son las redes de Justicia.

¡Cuántas también se tejen muy hermosas en apariencia las que han de caer corazones leales y buenos!: Son las redes que componen la Perversidad siempre en acecho.

En el teje y desteje es clásica la fama de Penélope, fiel a su esposo Ulises. El manto no concluía, meciendo en dulce engaño a importunos galanes.

En el teje y desteje halla similitud con el humano ser: se hace y deshace una obra, se varía lo dispuesto, se olvidan los principios, el orden, los métodos, las promesas; se desteje la trama de un sentimiento que vivió para nosotros.

Enriquézcame siempre la virtud del amor, que ponga mi alma en alto y pueda yo tejer con sus hilillos de oro la malla de la simpatía en todas las almas, hacia todos los seres!

Se han tejido las trencillas y las fajas; se han tejido las cabriolas en las danzas, se han tejido las guirnaldas, se han tejido las historias de los mártires y héroes.

Y formados sin telar, se han tejido los quereres uno a uno y se han reunido con el tiempo en las nieblas del olvido.

Ya la araña infatigable de una tela sutilísima dió muestra, al igual que otra araña femenina fabricando va el capullo que un amor ha de guardar.

Se han cruzado como lazos las dos almas, se han mezclado suavidades: ha tejido el idilio sus encantos.

¡Oh la bella tejedora que maneja diestramente las agujas, el tejido va urdiendo poco a poco con cautela!

¡Oh! las almas que se esconden en las sombras y maquinan y disponen con cuidado el maléfico proyecto que sumirá en el dolor a alguna vida!...

En la urdimbre de humana naturaleza el conjunto de los hilos para el bien y para el mal paralelos

se colocan: del tejido que se forma, los hilos del mal sobresalen casi siempre.

Ya la aguja está pronta, ya el hilo está tendido: y los dedos muy ufanos, triunfadores, el arpegio de los puntos comenzaron.

Anhelamos un tejido todo rosa y todo azul, un tejido de belleza sin igual, un tejido que nos hable del amor, que sabe de la paz inconmovible la suprema bienandanza!

Sin descanso, arden luces de la Idea: se discurre, se maquina, embriagándose en el arte; las palabras las más bellas se han tejido, y al calor del entusiasmo el artífice concibe de su obra la grandeza.

Que las hadas no se cansen de tejer con dulces manos unas redes toda encantos; que las hadas detengan en la hora, la más bella, en la hora de los sueños, nuestras almas siempre inquietas!

LA ALFORZA

De las líneas, la horizontal siempre prefiere. Como adorno, o sirviendo para alargue si se juzga conveniente, se la encuentra en las faldas, en las capas y corpiños.

En otras ropas talares y en la blanca, también en torno de ellas se desliza primorosa, y sustenta la doctrina de ser útil.

Sinónima del pliegue, ella cercena, ella esconde, como escóndense humanas sensaciones en **alforzas interiores**, como ocúltanse pecados que a la vista de las gentes permanecen ignorados.

¡Tantas alforzas van formándose día a día, tantas partes recónditas del alma se han compuesto, olvidadas en ocasiones por sí mismas!

¡Tantas cosas se retraen, tantas cosas va observando la mirada femenina que se fija en la costura!

Ancha o angosta, breve o larga, ella sabe realizar la misión que le fué impuesta: al revés de los mortales que no cumplen o mal o hacen los deberes y las cargas.

EL PLIEGUE

He trazado infinitos surcos en este velo, anhelando que me oculte el Pasado.

Mas en vano el artificio: Mi propio corazón me conduce invisible y sale al encuentro de los días que fueron.

En mi frente marcó un pliegue el dolor de su partida...

La flexible túnica que se ciñe a mi cintura ostenta largos pliegues, en los que se esconde el polvo del camino.

Recogida la falda, plegado el velo negro emprendí el penoso peregrinar por la vida, después que él se marchó.

Ansiosa, inútilmente busco la flor del olvido...

Sobre esta pequeña frente mía, marcó un pliegue el dolor de su partida...

DOBLADILLO

Perfumes de ámbar, vestidos de seda, cirios encendidos, desnudeces femeninas.

Mujeres que pasan y pasan, envueltas en velos, y sonríen, sonríen...

Penetran en la sala de fiesta; la música diviniza el ambiente: el Ensueño domina aún en las mentes vacías.

Pequeñas puntadas casi imperceptibles en la veste gris de encumbrada dama, fijan un dobladillo.

La sérica tela ha sido doblada un poco hacia adentro para coserla: la orilla se oculta.

Una vieja palabra gastada por el uso a mis labios viene: Revelación... Me trasmite su sentido mensaje:

Así en la vida, fingir y disimular, ocultar en el corazón lo contrario de lo que se siente, lo contrario de lo que se expresa!

Así la simulación y el artificio van sin interrumpirse formando un dobladilo en muchas almas.

Así la ficción o la malacia ocúltanse en las pa-

labras de numerosos seres que no conocen la Verdad, que no aspiran a la Luz.

Gozo es para esos corazones escuchar a lo falso: las dobleces se despiertan para su deleite.

Señales dejan en el mundo: a sus pasos las amarguras se multiplican. Sus almas no conocen la sencillez: sus cuerpos se encorvan sobre la tierra y no alcanzan nunca a pasar por el camino de la rectitud.

Llevan en sí el gérmen de la mentira: sus vidas se tuercen y lentamente súmense en la obscuridad...

La voz de la Revelación ha callado. Pero, aun llega hasta mí su eco.

Dígome a mí misma: Corazón mío, expresa todo tu sentir... hasta el fin!

FRUNCIDO

Las arrugas que se juntan pequeñitas o los pliegues muy menudos van formándose en las telas, y el fruncido queda hecho.

Ya se estrechan y recogen al igual otras cosas de la vida, reduciendo su extensión.

Imágen de las arrugas de los paños, son las frentes, son las cejas de los hombres, en señal que desaprueban o en señal que una ira los domina.

Cuando afectan la modestia o compostura, cuando recogen, tuercen o muerden rojos labios, expresando menosprecio, bien reflejan lo que maestras de la aguja y del dedal aplicado a las telas han llamado **fruncimiento.**

El embuste o el engaño y las cosas que un acre sabor tienen, las que empañan la verdad y poseen el manejo de las tergiversaciones: se asemejan al **fruncido.**

¡Mucho sufre aquel que vé las arrugas en las almas!

PESPUNTE

Vuelve y vuelve la aguja hacia atrás después de cada punto, para introducir la hebra por el mismo sitio en que antes pasó.

Vuelve y vuelve el alma a las añoranzas; vuelve hacia atrás, y se detiene con melancolía allí en el Pasado, donde se juntan todos los recuerdos.

Manos liliales ejecutan un *medio pespunte*: dejan la mitad de los hilos que han de tomar en cada puntada.

Sueños, deseos surgen en el alma, y cuando creemos hallarnos en la senda que a la dicha lleva, con fuerza vuelve hacia atrás.

En labor de costura, entre pespunte y pespunte quedan tantos hilos de hueco como lleva cada puntada.

En ascensión constante por la abrupta montaña yendo hacia la cumbre, la Desilusión siempre nos aguarda.

Los huecos se suceden unos tras otros y llegan a ser tantos que todos no pueden "llenarse de amor".

Las puntadas del pespunte son muy unidas. Muy apretaditas, aspiran a ser un ejemplo.

¿Por qué no se juntan en grande concordia las almas?

El pespunte invita a la alianza.

No oís las voces, reyes y señores que dirigís pueblos? Madres y esposas que mueven agujas, os piden la paz.

¿Por qué retardar el momento supremo?

Las muchedumbres empuñan antorchas, ¡hasta dónde irán si el amor no impera en todas las almas, en toda la tierra?

BASTILLA

La doblez ya está hecha. La aguja enhebrada pasa en la tela: así va cosiéndola muy sencillamente.

Para dar firmeza, las puntadas se siguen y siguen.

Muy asegurados bajo su presión quedan los extremos.

De esa manera, evitar se quiere que la tela no se deshilache.

E igual a un hilván muy menudo, esas puntaditas prosiguen su obra.

Un menor esfuerzo ellas importan lo mismo que aquél, en trabajos manuales.

Son las que nos hablan de cosas muy simples, de las que nos brindan mayor rapidez, aunque fácilmente se pueden destruir.

Son fáciles para todas las manos: las de pocos o de muchos años.

Muy recta y sencilla, indica a los hombres la vía mejor.

CAÑAMAZO

Tela clara de lino, de sencillo ligamento; almas iguales yo conozco semejantes a los lirios; blancas siempre y de pétalos hermosos que carecen de artificio.

Tela tosca de cáñamo, que te muestras consistente; tus mallas recibieron un fuerte apresto, con el fin de mantener sus hilos fijos. Nada importa la rudeza de maneras, si saben ser firmes en sus afectos, otras almas.

Tela de algodón, la más común, que, al alcance de los muy pobres, siempre estás. No obstante, la pobreza, adornas con bordados en colores, el atavío de la bella pastorcita.

Imitando a un enrejado, los hilos del tejido aparecen separados. Forman todos las mallas que cuadradas son sencillas o son dobles.

A esas mallas está confiada la tarea de dirigir y recibir el bordado en seda o lana.

Hay espíritus de sabios y de santos; una labor noble y grande realizan en silencio, con devoción y sencillez.

Ellos construyen; ellos marcan nuevos rumbos en la ciencia de ser útil, en la ciencia de ser bueno.

Nuevas luces se descubren, nuevas ideas van surgiendo; nuevos medios que destruyen muchos males, muchas plagas.

Concepciones muy geniales, aumentan su grandeza; su obra al expandirse entre los pueblos, reporta a estos grandes bienes.

A medida que su fama se difunde, a ir más allá, le señalan sus anhelos.

Sus palabras, sus doctrinas, forman salmos que se elevan de continuo en el ara del saber.

Sin más armas que el talento, sin más guía que el Ideal, siempre firmes, por escudo la Ciencia que los ungió cual Elegidos, libran batalla contra el Mal.

La ignorancia, los prejuicios, intereses inferiores y desidias: esas rémoras que impiden el avance del Progreso, sacrifican día a día y destruyen incansables.

Realizan conquistas asombrosas, avanzando en pocas horas, lo que no avanzaron los hombres antes en siglos.

Son ellos los hilos que dirigen el grande cañamazo de la Vida.

De paleta esa tela hace las veces: los hilos policromos van pasando entre sus mallas, en artístico consorcio van quedando.

Cual seguras pinceladas, vuelta a vuelta, ya la aguja va formando las figuras.

Y la humana criatura va formando las rosadas ilusiones, los benéficos ensueños, las visiones de abrazos, de ternuras, de altruismo y de amores!...

En tapices de *punto grueso,* fué empleado mucho tiempo el cañamazo, que llamóse *de* Penélope.

Ofrece sus variedades, el cañamazo a la *Jacquard.* Se presenta terminado en una de ellas el tejido de su fondo, pero sin hacer el bordado del dibujo.

En la otra, es a la inversa: bordado está el dibujo y el fondo sin rellenar.

Tal sucede con humanas existencias: en el fondo la Bondad alienta. Todo allí se hace suavemente con amor. Su exterior es sencillísimo: los que pasan, indigentes del cerebro y corazón, no sospechan su hermosura y su nobleza.

La bondad no necesita de oropeles: son inútiles. Ella eleva las almas a gran altura; más que el genio y que la gloria resplandece.

Existen fondos en que el Mal domina señor y dueño. Sin embargo, ofrecen casos de apariencias de personas, ora suaves, ora afables, y tan falsos atavíos despiertan simpatías en los *simples* que no observan, ni disciernen la verdad de la mentira.

No se puede formar *fondo* ni se puede *rellenar* un humano cañamazo.

EL OJAL

Creado el botón, la criatura humana interrogó al ingenio para conocer el camino de la utilidad.

Observó, observó largo rato, y el ingenio habló por fin.

Hicieron cesar la indecisión perturbadora los ojos de un hombre, ojos que tan sabiamente expresan recónditos sentires, innúmeras ideas.

Una abertura fué hecha en la tela: apenas terminada, el botón se introdujo y quedó en ella sujeto.

Mas la criatura humana no se detuvo ahí. La idea de embellecer golpeóla fuertemente.

Buscóse entonces largas hebras de hilo, seda, oro y lino para adornar los bordes.

Y al guarnecer, encontró el hombre que también había asegurado y... quedó satisfecho de su obra.

¡Cuántas manos femeninas colocaron en el ojal una flor, después de transmitirle el calor de un beso!...

BOTONES

¡Ha llegado Primavera! Primavera en la tierra y en el espíritu, que eterna se destaca en la marcha de los tiempos.

¡Ha llegado Primavera! Los botones que en mi bata voy fijando, me recuerdan a los otros de belleza sin iguales que Naturaleza nos regala: los pimpollos, los capullos en las flores.

Me recuerdan los de árboles y plantas: ya las yemas o los brotes, que muy sabios y sencillos al hombre enseñan, que, es imposible impedir que las leyes naturales no se cumplan.

Y ansiosa de saber a la hormilla yo interrogo:
—¿Dime dónde y en qué época te crearon botoncito?

—No lo sé — contesta al punto — no lo sé. Mis abuelos afirmaron que en edades medioevales yo nací, más de cierto nada tengo que decir. Sólo sé que en ibérica península, en el siglo diez y seis, gran uso de mí hicieron, y fué tal el amor que el hispano me cobrara, que lucióme de oro y de rica pedrería.

En retratos de Pantoja y de Velázquez, del Ticiano y del Mazo, los botones han pintado en los trajes y calzados: un Felipe muy esbelto, atestigua este aserto.

No obstante, andaluza fué la tierra que más en boga estuve: delicadas filigranas de mí hicieron los joyeros y orfebres cordobeses.

Y la grave Salamanca, la más sabia, la más rica en estudios superiores, la de fama intelectual, también ella me acogió: lleváronme sus hombres en las **charras** que vestían.

Hasta aquí su historia cuenta este botón, que no cesa de ser útil a través de las edades.

BROCHES

La leyenda de los tiempos más antiguos, nos relatan que los hombres y mujeres que gustaron envolverse en amplios mantos, una hebilla o imperdible descubrieron.

Y esa **fíbula** de tiempos muy remotos, antecesora fué del broche que en Edad Media, alto honor le dispensaron.

Singularmente necesario hízose en aquella época: en la capa pluvial de sacerdotes que recuerdos traían del pagano manto antiguo, fué el objeto siempre ansiado.

Una joya con esmalte, de fijuras cinceladas, con adornos primorosos ostentábanla señores y señoras de gran fuste.

Muy artístico y muy rico. Muy artístico y muy rico, de la época ojival, se engalanan los museos. La forma octifolia con frecuencia se destaca, ya de plata revestida con el oro, ya de esmalte. Lo enriquecen perlas pálidas y las piedras más diversas.

Hoy se ven numerosísimos de oro, plata y carísimo platino, que las damas de fortuna llevan puestos.

Más aquellos que útiles se muestran, son los broches de latón, que se llevan en vestidos, que cierran aberturas y sujetan con primor anchos pliegues, frunces breves y las cintas y los moños coquetones.

Nada saben de riqueza ni caprichos de los formas: siempre iguales, blanco o negro, sólo saben someterse sin protestas al tamaño necesario para el uso en las prendas de vestir.

Y sujetos con el hilo con sus cuatro o sus seis agujeritos a tejidos los más burdos o más finos, a los tules o a las gasas, indispensables se hacen.

Otros hermanos igualmente de latón no se ocultan en las ropas: hay señoras qeu los lucen en sus pechos.

No obstante, requeridos más y más son los pobres, los humildes que se esconden, sin figuras, sin esmalte, que con cuatro agujeritos a las ropas se sujetan.

Son los útiles, son los buenos, son los llanos, sin fantásticos relieves, sin alardes: tan precisos, tan felices de servir, sin saber de dónde vienen, sin saber a dónde van.

CORCHETES

Del broche son hermanos, y al igual, ellos sujetan y sostienen.

De alambre es más común, y en las ropas que vestimos más aplicable es su uso.

¡Quién me diera los corchetes que sujeten a las almas! Quién pudiera desprenderlas de feroces egoísmos; acercarlas y unirlas con amor siempre creciente!

¡Qué edén sería el mundo! ¡Cuántas penas y dolores, cuántas horas de amargura se podrían evitar!...

¡Quién me diera los corchetes que sujeten a las almas!...

EL ENCAJE

Suave, como el afecto de un amigo, dulce, como la caricia de un niño, el encaje fino, aéreo, se repliega en sí mismo con la gracia de miles de pétalos de flores.

Es la trama delicada y vaporosa que de más lejos nos viene: el antiguo Testamento a él alude; de entretejidos filamentos para el templo de Salomón ,el libro de los Reyes también habla. Y mentado aun está en el Exódo y Proverbios.

Un arabesco del encaje que elaboro me enseña que las jóvenes de Grecia y de Roma inmortales, muy gustosas le tejieron.

Una estrella me declara que irradió artísticamente en Francia, reinando Carlos V.

En la cesta de labor un murmullo se produce. El encaje de Venecia su voz alza, y alaba la hermosura de la dama que Bellini llevó al lienzo en el año 1500, de una dama que lucía precioso cuello de encaje.

El encaje de Florencia le responde que el poeta

Ferenzuola canta fina redecilla labrada bellamente por su novia.

Ya iniciada la dispuesta, que escucho con asombro, otras voces van surgiendo: Murano, Milán, Nápoles y Génova; Brujas, España, Inglaterra, Holanda, fueron y son grandes centros en el arte del encaje.

No podría adjudicarse con justicia a esta última dicen otras — la creación del encaje al **bolillos**: España e Italia simultáneamente también lo elaboraron. Los encajes de hilo y oro muy artísticos, inició Italia; de eso bien seguros estamos.

Los puntos de Amberes, Bruselas y Flandes, se crearon en el siglo décimo quinto; sutiles y llenos de gracia por doquier ellos se posan.

En el año mil seiscientos, Malinas puso en boga los encajes de su nombre.

Alençon, muy vaporoso, nació a mitad del diez y seis, siguiéndole después su hermano Chantilly, muy apreciado.

El de Irlanda, níveo y bello; el de "punto a la aguja"; el "filet", el de Cluny, el "duchesse", también tienen su belleza en forma múltiple.

Los encajes de Valencia y Cataluña, delicados y hermosos, se le estima y se les busca.

Extinguiéndose las voces de esas mallas tan diversas y de tan diversos países, débilmente oir pude vocecita que muy tímida decía:

"No me olviden; sin historia, soy de tierra ame-

ricana. He copiado sutilezas: soy el fino ñanduty".

Ya las voces no se escuchan... Estrella y luz, belleza y encanto de la mujer, el encaje adorna con transparencias ideales sus rosadas o ambarinas carnes.

Es inexplicable la seducción que irradia un encaje largo, que deja ver vagamente un brazo artísticamente modelado; sugestiva de extraños hechizos una leve redecilla que se desliza misteriosamente sobre un seno de nieve.

Una aureola de sutil poesía emana del encaje: surja él sobre la gracia de amor de una cuna donde una criatura duerme el sueño de la pureza; domine en el atavío de una novia; adorne incomparable una veste de mujer.

Lejos del tiempo en que María Luisa entró, triunfante, en el reino donde dominaba la gran pasión de una mujer infeliz.

Lejos del tiempo en que Margarita sintió la trágica dulzura de morir en un recuerdo.

Lejos del tiempo de las damas de la Regencia, que rodeaban a la infortunada María Antonieta, y aunque frívolas supieron, no obstante, dar muestras de energía y de valor en los días de prueba.

Lejos del tiempo de los grandes y románticos amores, de los sentimentalismos y de las perversidades mayores quizá a las actuales.

Trabajados por delicadas, blancas, ignotas manos, el encaje triunfa soberbio, magnífico, uniéndose a

las cintas de tintes vivos o pálidos, a las plumas ondulantes, a los regios terciopelos y a las suntuosas sedas sobre las que desciende con majestad suprema.

En su seducción la que impera en el adorno de los cuerpos femeninos, sinuosos como granos maduros, sutiles, audaces, incitantes como una invitación de pasión.

Y su triunfo se advierte en las mujeres de cabellera de oro y de ojos esmeraldinos; y su victoria se contempla en las bellezas morenas de rizos de ébano y de profundo y aterciopelados ojos.

Se extiende sobre las claras varillas de un abanico, dando a la preciosa prenda un significado más femenil, porque está tejido por una mujer para otra mujer.

En la gracia gentil de un grupo de cintas, en los abanicos, en los manteles, en las cortinas, en los pañuelos, extendido o en frunce, en mil formas y aplicaciones diversas, el encaje impera en la sombra como en el sol, en la elegancia como en el enigma.

Aéreo, vaporoso, con su nota de belleza y de arte, el encaje será siempre el marco del femenino encanto, el compañero inseparable de la mujer en el reino de la pasión: él tiene cierta semejanza con el amor, porque es enervante como un perfume, porque es subyugante como un beso dado a través de un velo, en el misterio de un rosedal!



FONDOS

AZUL

A representar digna y naturalmente la poesía, ,están sobre mi mesa un poco marchitas las "no ve olvides" recogidas al margen de una pradera.

Las contemplo largamente con ternura, interrumpiéndome de mi continuo clavar la aguja en el sedoso paño de su mismo color que tengo entre mis manos.

Ambos me hablan en mudo lenguaje del cielo todo azul, sin una nube y cuyo tinte parece difundirse en finos tules por la campaña infinita...

Celestes las colinas; las sierras bañadas del sol y coloreadas por el azul del cielo: celeste más que las colinas el arroyuelo que se desliza por el valle silencioso: tan azul que parece un pedazo de cielo caído.

El hilo de oro va dibujando una flor sobre la seda mientras mis ojos persiguen una imagen que se aleja, se aleja...

La sutil delicadeza de un vapor azulino envuelve a los árboles y bajo las amplias ramas la sombra

es totalmente turquesa, tan turquesa que parece acentuarse de un tinte violáceo.

Y este encanto del azul evoca otras cosas, otros sentires...

Azul es el manto de María que Murillo inmortal llevó a la tela.

Azul, toda azul es la cuna en que descansa el infante, columpiada por la madre que entona con voz dulce una tierna balada... Azul es la blusa del obrero, emblema de labor paciente y productiva...

Azul es la ilusión que nos tiñe la vida... azules son los poemas que forja nuestra imaginación y surgen del alma sedienta de infinito... azul fué nuestro sueño de amor desvanecido!

Y, más azules que el paño sedoso que se me cae de las manos al solo recuerdo, fueron los reflejos de los cabellos negros de la compañera de mis infantiles juegos, tan negros, como la pena que me dejó al partir!...

VERDE

El almohadón verde está concluído: luce aquí, allá flores de plata y una gran mariposa revolotea sobre ellas.

El almohadón está concluído y me invita al descanso: —"Duerme y sueña; ama y espera", parece decirme con su color de optimismo.

Mi obra está terminada; la contemplo largo rato, tratando de observar si algún detalle me revela un olvido, un desvío, un defecto cualquiera, ya sea en el punto o en el dibujo trazado.

Nada descubro; satisfecha dejo caer mi cabeza fatigada sobre el mullido almohadón que mis manos bordaron y diéronle forma en quietas horas en el dulce hogar doméstico.

Los ojos se cierran lentamente, lentamente. Y poco a poco parece que el almohadón se alargara, se extendiera mucho, mucho...

Paréceme visitar los verdes prados donde pacen las mansas ovejitas; veo verde el agua de los lagos por los árboles que en ellos se reflejan: verde el musgo que cubre la dura piedra sobre la cual

un niño sube para sacudir con su caña a las verdes ranas que graznan en el pantano.

Verde los árboles, verde el césped, toda verde la campiña silenciosa y del verde claro de las temblorosas hojas de las plantas que se encuentran a lo largo del torrente, se acentua paulatino hasta llegar al verde obscuro de la encina y de los pinos de la floresta; del verde tiernamente delicado de las hojas nuevas, paso a paso se contempla el verde fuerte de las hojas en plena vida.

Un poco descoloridas por los años son las esmeraldas que la naturaleza regaló a mi madre; sabia y previsora quiso que en mi rudo batallar yo leyese en esos ojos un mensaje de gracia que me dice en cada día: "Espera y confía".

Verde los prados, verde la floresta, verde unos ojos adorados, verde este almohadón en que reposo, pero es verde, aun más verde la sábana inmensa de esmeralda que tiende la Esperanza ante mi vista.

ROJO

Rojo, todo rojo es el terciopelo cuyas entrañas desgarra sin piedad la aguja, rojo como esos racimos que penden del seibo, encantando al viajero.

Deslízanse mis dedos con deleite sobre esta tela, que tiene suavidades semejantes a un delicado preludio de amor o a una sueve caricia de niño.

Su color que evoca magnificencias regias, me atrae y me seduce.

El Símbolo aparece como al conjuro de una varita mágica, en una hora de sortilegios...

La Pasión se hace visible. Y con ella asoma el cortejo de despotismo, de potencia avasalladora... Nada respeta, y prosigue adelante imperturbable...

Se apodera de las almas y déjales como ofrenda la cruz, los clavos y el martillo. Porque componen todo eso el pesar, las inquietudes, la violencia, los impulsos, la fuerza de un sentimiento...

Rojo, todo rojo es el cielo allá donde el sol se oculta: rojo, todo rojo es el mar mientras el sol se extingue.

Rojas son las velas fluctuantes de la navecilla que lenta se aleja y rojo el surco que ella deja en el agua cuando el día muere.

Rojas son las luces anunciadoras del peligro; rojas son las manchas que deja en el dedo la aguja cuando en un descuido me hiere.

Rojo es el rostro del hombre que trabaja en un día de estío, y rojo el del bronceado pescador que arroja al mar sus redes.

Pero nada hay tan rojos como unos labios de mujer; nada como las rosas que pinta el rubor en las mejillas de una niña, la nota de pasión que ponen los claveles sobre un níveo pecho y el ramillete de besos que semejan sus pétalos de fuego, colgados de una reja junto a una virgen mora.

BORDADOS

ORIGEN

En remota antigüedad el bordado se le encuentra en egipcias sepulturas.

Y fragmentos de unas telas adornadas de bordados a la aguja, testimonian que ese arte practicaron los antiguos faraónicos.

En Oriente, en edades muy lejanas, obras buenas realizaron en bordados, y llegaron a tapices verdaderos.

Cuando los persas terminaron su dominio y los griegos comenzaron su reinado, fué el bordado la industria que alcanzara las mayores difusiones.

De Oriente a Alejandría: los fenicios, los judíos y los sirios le llevaron enseñanzas de las normas y maneras conocidas en aquél.

Con atavíos muy suntuosos, con ropajes historiados, las figuras en Asiria se bordaron; tan hermosos que la fama conquistaron para pueblos babilónicos.

Con muchísimo entusiasmo cultivaron las hebreas el bordado, y sus obras son famosas, tan famosas que la Biblia no desdeña mencionarlas.

Una gran magnificencia alcanzó el bordado en oro en el imperio bizantino a Roma próximo. En la edad en que imperaron aguerridos caballeros y los feudos señalaron su apogeo, en Bizancio se escribieron hermosos textos, señalando especial nomenclatura a las telas que bordaran: **sum historia** llamó siempre a las que llevaban dibujos mitológicos y bíblicos; **quadrapula** a la que lucía los medallones cuadrados, y **birgata** a la rayada.

Fabulosos son los tiempos del arte del bordado en noble Grecia: el gran Homero ya nos habla de las hábiles sidonias que París llevó a Troya, y Ulises nos describe un manto espléndido que ostentaba hermosa alegoría.

Y rindiendo homenaje a Minerva que inventora los griegos proclamaron del trabajo de la aguja, las doncellas del Atica a la diosa bordáronle famosos **peplos.**

Italia, la adorada vieja tierra de mis padres, en los tiempos de la capa y de la espada, de los dulces madrigales que recrean los oídos y las almas de las mozas, notas de arte de bordados sin iguales dió al mundo.

Los palacios y castillos de Inglaterra y de Flandes cobijaron a su sombra muchas damas bordadoras, que dejaron obras bellas.

Stambul, la soñadora, usó telas blasonadas en los trajes y también cubrió los libros con bordados primorosos.

En España, fueron obras preciosísimas, de un arte refinado, que las hijas de esa tierra produjeron con la aguja.

Y en Francia, ocupación predilecta de las más grandes señoras fué el bordado: Catalina, que en la cuna de los Médicis naciera, era hábil bordadora.

Se han seguido y se siguen esas artistas de la aguja, que en silencio van creando, van formando nuevas obras, nuevos frutos en un arte que no muere.

PUNTOS

De **imaginación** se le llama al bordado que imágenes representa. Así en la mente: ¡cuántas veces se forjaron, cuantas otras asomaron!

Las hebras van pasando de un lado a otro de la tela en que el trabajo se ejecuta y los dibujos se forman sin cosido: **al pasado** le nombramos: Al **pasado** hay sentires!...

En pequeño bastidor que a un tambor copió la forma, un bordado hecho está con punto de cadeneta; cuántas, cuántos a tambores se parecen: muchas curvas por afuera, mucho hueco en su interior!

Con hilo de oro y plata, rizado en canutillo, otro bordado terminamos; más lujoso que los otros figurar primero quiere.

En el de **realce** sobresalen las figuras o los adornos: la aguja fielmente les da la forma; **sobresalen** las virtudes y defectos de las gentes, la belleza y el talento de las mismas.

Es España, bien amada, — que en el arte del bordado ese punto ella creara — muestra un paño de gran mérito, que se guarda en el Museo de Cluny: a Adán y Eva representa.

En dosel o pabellones de la tienda de campaña de los reyes inmortales que en la historia se registra, ostentaban a sus frentes los escudos de sus armas bordados en ese punto.

Y de Burgos, catedral, los modelos más hermosos cubre mármoles de altares, los modelos de bordados que al arte arrancaran sus secretos.

Es Sisella, la mujer de San Esteban, rey de húngaros, que en el siglo mil doscientos, inventara hermoso punto, que llamado fué de **Hungría.**

Separadamente y sueltos, van haciéndose bordados de figuras o de adornos, aplicándose después a la tela: **superpuestos** se han llamado; **superpuestas** son virtudes y adornos que personas se colocan con el fin de provocar admiración...

¡Pobres gentes: son las víctimas primeras de su engaño!

EN BLANCO

Un beso casto, un canto... La Inocencia, la suavidad, las cosas fantásticas y nobles, las gasas de las nubes en el cielo, que semejan en primavera un gran velo de novia, muy diáfano y muy ténue.

Vocecitas de niños que nos hacen pensar en todo lo que es puro; suspiro de virgen, sueño de doncella, profundo sentimientos de las cosas gentiles.

Es el ala de un ángel que se plega abatida, es plegaria de madre; es caricia de amor, de ese amor que no sabe de ansias lujuriosas; es titilar de estrellas embriagadas de luz.

De las cosas serenas él refleja el sentir, de las vidas un eterno querer; de las almas que alientan una grande bondad, de la paz el emblema sin fin.

Es luna que asoma sobre aguas tranquilas, de la luna que anima el fantástico cuadro, pletórico de encantos de reciente nevada.

Es adorno en la veste de gentil desposada; es adorno del pobre, es adorno del rico: en la ropa, en la mesa desprovista de aquél, en la ropa, en la mesa de exquisitos manjares que todopoderoso el dinero a éste brinda.

Engalana altares con su gran candidez; primoroso se luce en la cuna de infante que ha robado a las rosas sus pétalos fragantes.

En el sueño que es último, en el sueño infinito que se duerme en la caja de una tumba marmórea, él es el que vela lleno de ingenuidad.

Es toda la blancura matinal; es espuma de mar que al llegar a la playa regala ténue encaje; es reflejo de nieve, de esa nieve que encierra tanta agua!

Y las hábiles manos van reuniendo los hilos, los hilos siempre blancos, y muy debajo de ellos extrañas son las cosas que duermen olvidadas.

EN SEDA

De roja seda era el manto del insigne Carlomagno, sobre el cual se destacaban arrogantes las águilas, en bordados amarillo, azul y verde.

También eran bordadas las sandalias del primer rey de la Francia con las hebras más sutiles de la seda.

Ornamentos eclesiásticos recamados en seda y oro, se conservan muy cuidados en vitrinas del palacio Vaticano.

Cosas esas y otras muchas nos golpean a la mente en las horas que la aguja en silencio borda y borda en blanco paño de raso.

Un gran trébol se diseña: signo siempre de fortuna.

A las lindas bordadoras que se inclinan sin descanso sobre paños de una seda toda suave, a esos ojos que sombrean muchos sueños e ideales de doncellas, en cuyas almas vive ardiente la Ilusión, yo un trébol les ofrezco auspiciatorio.

Que desdeñen a las sedas que se presta a los placeres, que atavía a las mimadas de la suerte, a las

ricas, que orgullosas las paseau en sus cuerpos.

Sólo anhelen, sólo aguarden a aquél de la leyenda encantadora, que le ofrezca un gran rubí, que los lazos siempre estreche del amor.

Sean sedas las palabras, las caricias y los hechos, sean sedas las miradas y los besos.

Sean sedas las dos manos que se unen, sean sedas, siempre sedas esas vidas que se estrechan y confunden impulsadas por el ángel del amor.

EN ORO

Cada punto que la aguja va dejando me recuerda vieja historia.

Una colcha de los tiempos babilónicos rica era: rey de Persia el gran Ciro descansó en ella guardado en caja funeraria que al sepulcro lo llevara.

Alejandro, otro rey de gran renombre, vencedor sobre Darío, encargó a las chipriotas regio manto le bordaran.

Fueron telas llenas de oro y pedrería que vistieron los señores en la Roma de Antoninos y de Césares, señalando una etapa de gran lujo.

Y la toga que investían a los héroes, triunfadores en las lides más cruentas, ostentaban palmas de oro, que una mano de mujer bordara en ella.

Aun ese lujo se advierte en las viejas Catacumbas que brindaban al cristiano su hospedaje: hay figuras con sus túnicas bordadas.

En los mantos, estandartes y oriflamas, en doseles, en los tronos, en las fiestas más suntuosas de otros tiempos y los nuestros: la aguja va dejando en hilo de oro nota regia.

Estrellitas, ondas, grecas, picos, flores, aves y símbolos diversos, en los suaves terciopelos y en las sedas se destacan; en sus puntos habla el Arte. También nos muestran el derroche de los grandes, poderosos de la tierra; establecen diferencias: viven unos entre halagos, mientras otros arrastran sus cuerpos, ¡pobres cuerpos!, e imprecan y blasfeman y a los cielos alzan sus brazos en protesta y reniegan de ser hombres!...

Cada punto que la aguja va dejando en rica tela, me recuerda a los niñitos que desmayan: largos días sin que un pan a la boca lleven, a la boca que se plega agonizante.

Veo oro, mucho oro que se esconde en las arcas de magnates; millones ya se suman sin saber el empleo que han de darles.

Mientras tanto en circo inmenso a la vista de gran número de gentes, las cuadrigas en avance despiertan gritos de entusiasmo: las cuadrigas que fomentan vicio enorme, que devasta los hogares y entroniza la miseria.

¡Oh los hombres que mimados por la suerte, no recuerdan a los otros sus iguales que nacieron sin fortuna y que viven en esfuerzos y trabajos continuados que su sangre va absorbiendo!

Y si rugen en sus pechos rebeldías de oprimidos, son culpables los esclavos de oro vil que no mueven las palancas del amor y la justicia.

Al igual de los hambrientos van muriendo, y al

igual de los mas míseros sus cuerpos se corrompen en la tierra madre buena.

Los gusanos poco a poco se apoderan de sus carnes, y no hay oro que los mate, no hay paz para sus huesos.

¡Oro, oro! Clamen ahora por el oro que los salve, que los arranque del sepulcro y cual dios omnipotente nueva vida les de luego entre halagos y oropeles!

OTROS MOTIVOS

EL HILANDERO

Un joven de rubios cabellos, de ojos muy claros y dulce mirar, hila, hila, hila, ya en el torno o en la máquina.

A su lado se agitan muchas hilanderas que ríen, ríen, con risa tan sonora, como un rumor de agua que corre mansamente.

Frente a la rueca, el huso mantienen muy activamente.

Lino, cáñamo, lana, seda y algodón, infatigables, a hilo reducen.

Cual alas de palomas se mueven las manos largas horas, sin interrumpirse.

¡Cuántos, cuántos hilos, esas manos van sacando!

Mientras se afanan las hilanderas cual las abejas que nos dan la miel, canciones de zagales se oyen a lo lejos y atentas escuchan sin dejar el huso.

Flautas suaves dan alegres notas, e inquietas las almas se buscan, y el alma modula muy quedo preces y ternuras.

En tanto se escuchan los sones, va con gran cuidado un mago hilandero sacando de sí el gusano de

seda que tengo en el alma, las hebras más finas que forman capullo de amor.

En tanto que hila, aspiro largamente aromas de renuevos.

¡Milagro estupendo del mago hilandero: ya todo ha cambiado!

El aire es más tibio, las flores despliegan sus pétalos y exhalan fragancias divinas; las fresas son más dulces y un rumor de besos se oye en la fronda.

El Gran Hliandero su obra ha cumplido: con mucho cuidado, con delicadezas y exactitud, en forma admirable en muy poco tiempo, hilando *delgado,* ha reducido a hilos encantados el cáñamo un poco roído que llenaba mi alma.

¡Lígame a la vida; oh dulce hilandero, lígame por siempre!

LA COSTURERA

En la blanca tela que hábiles manos conoce primores de puntos y formas, la aguja nerviosa se va deslizando.

Las mejillas pálidas de la costurera, los ojos hundidos, las grandes ojeras, son el testimonio de horas muy largas, de veladas eternas que agostan la vida en dura labor.

Entre hilván, pespunte, meciendo la cuna y cuidando al nene, en obscura buhardilla pasa todo el día en ansia y angustias, con alma y manos en lucha constante.

Hay frío en su alcoba, en su alcoba débilmente alumbrada, frío, mucho frío; el hambre recrudece en algunos días, el hambre que roe y vence energías.

Y el frío es tan grande que los dedos casi no

pueden moverse y sostener la aguja, compañera dulce que pasa y repasa en la blanca tela.

La obra se cumple; la activa obrerita ya siente la fiebre de la actividad, y siempre encorvada al son de sus cantos sencillos y tristes el trabajo sigue.

Sus ojos destroza el insomnio cruel, sus ojos le duelen de tanto coser: ¡no importa! y las orladuras y las nuevas nesgas y los dobladillos, hay que continuar.

¡Razón poderosa tiene para ello! Es madre: al nene que duerme tranquilo en la cuna, al nene que de vez en cuando contempla amorosa, nada ha de faltarle.

Y vela y no come la costurerita: no tiene otra música que la risa del niño; no conoce otra fiesta que las suaves caricias que las aterciopeladas dulces manecitas, cuando está despierto le suelen brindar.

Ella cose siempre; la pálida frente muestra las arrugas que muy prematuras ya la van surcando; los ojos se hunden cada vez más, los ojos que otrora fueran tan hermosos, los ojos lucientes, los ojos serenos que velados fueron por un gran amor.

Nuevas nesgas se van sucediendo; nuevos dobladillos y las nuevas orlas; une ella siempre dos piezas de paño, y los cantos tristes prosigue elevando, mientras el sol lanza sus últimos rayos.

Y la noche llega: la lámpara enciende; la aguja no cesa de hundir en la tela.

La hora avanzada, los dedos ya muertos, la grande fatiga de todo su cuerpo, le advierten que es preciso entregarse al descanso.

La aguja detiene, la costura deja y a mirar la cuna ella se entretiene: a mirar al niño que en paños de lino duerme inocente, ajeno a toda la agobiante tarea, a la cruenta lucha de su pobre madre.

Y besando despacio al querido infante que feliz reposa, vuelve la esperanza a arrullar su alma, vuelve la esperanza en los buenos tiempos.

Sueña con la paga, con la humilde paga que al día siguiente han de entregarle de tanta labor; sueña con el vestidito y los zapatitos que para su nene ella comprará.

¡Pobre obrerita! Ella al fin recuerda que nada ha comido, y busca y rebusca, y entre la costura un pedazo encuentra de un pan que es tan duro como la mirada, como el corazón de las gentes egoístas que mucho les sobra y nada le dan.

Sueña con la paga la costurerita a hora avanzada: al nene ha mirado con tan gran ternura que, venciendo al cansancio y a sus dedos muertos, vuelve nuevamente a tomar la tela que un momento antes dejara rendida.

Mientras se desliza la aguja entre paños, renacen las fuerzas; ¡que es tan poderoso el amor de madre! Y rápidamente forma otras nesgas, orlas

y dobleces, fija los botones, hace fruncidos, plegados, ojales y prende puntillas y encajes.

Amanece así, sin haber dormido siquiera una hora: de cera la cara, con grandes ojeras, los labios exangües.

¡Pobre costurera, que dejando vas girones de vida en cada puntada! ¡Pobre madrecita cubierta de harapos! Santa mujercita que agujas y dedal sabes manejar; esforzada y buena: es el hijo adorado tu única dicha!

Por él te consumes, bendita mujer: por él te aniquilas!... Movida por amor voy hasta tu puerta, y llamo con un nombre que es muy dulce: ¡Hermana!

Yo otra obrera que en afanes vive, te beso las manos, y sintiendo en mi alma todas las rebeliones, clamo mejor justicia.

Eres el Amor, eres Voluntad que a ejemplo mueves: ni sueño ni hambre te rinden; invierno y verano trabajas y sudas, velas y coses, y mientras el rico disfruta la vida, la tuya agostas en dura labor, sin tener siquiera un poco de sol.

DIVERSAS

Unas telas tienen fuerte consistencia: se parecen al ingenio, al carácter, al sentir de muchos seres.

Otras, muy finitas, muy ligeras, aseméjanse a las gentes que no saben de energía y solidez; que no saben ser estables, que no encierran nada en sí.

Las hay también muy suntuosas y muy suaves; tienen todo: la belleza del hilado, la belleza del color, gran firmeza reunida en este último.

Así hay almas superiores. Su interior es majestuoso: nunca cambia. No conocen en las luchas arrastrarse en el camino cual serpientes, no demandan los favores, ni olvidan ideales ni sentires muy sagrados.

Siempre fuertes de conciencia, incapaces de disculpas para el mal; siempre firmes en sus puestos: son divinos, son los pocos que comulgan con la Luz.

Los percales nunca faltan: su abundancia va aumentando, ya pintados o ya blancos, y la buena costurera compadece la pobreza de la tela del vestido que la aguja confecciona.

Se contempla muy esbelta y muy ufana a la linda mujercita cuyo cuerpo ha cubierto con un traje de esa tela: ¡qué diversas impresiones nos sugieren muchas almas de percal!

ULTIMA CANCION

¡Hace frío afuera!...

¡Hace tanto frío en las calles!

Mi madre jira inquieta en torno a la ventana. Ahora se detiene; a través de los cristales mira a lo lejos. Sus ojos quieren sin duda traspasar las tinieblas y ver al hijo que aguarda, al gorrión que esa noche falta de la nidada.

A pocos pasos de ella tejiendo y tejiendo, yo anhelo que me diga que el hermano llega.

¡Hace frío afuera!...

La lámpara rosa y la estufa vivifican de luz y de tibieza mi estancia.

Mamá se estremece. La pesada puerta de calle se abre. Chirria la cerradura en el sosiego de la casa, y al volverse a cerrar aquella, anuncia que el gorrión ha vuelto.

Sabe esa puerta escondernos e invita al olvido de los de afuera... Nos separa del mundo; de la vida, de los dolores, del frío, de las miserias de los otros seres.

Ya no puedo tejer. Paseo la mirada por todo el aposento. Aquí y allá contemplo retratos de amigas

queridas, que ponen suavidades de sedas en mi penoso andar de peregrina.

Impresión femenina dan las chucherías; y las flores en jarrones esbeltos sueñan que se han vuelto a abrir...

¡Oh cuántos grititos, cuántas voces tiemblan en las llamitas de la estufa! Todas son alegres.

Los crujidos, en cambio del combustible que arde, semejan una queja...

Reposo en una hamaca muy cómoda. Quieta está la aguja prendida al tejido.

Mis manos no pueden ya dirigirla, porque sopla sobre ellas un aire frío, más frío que el que azota en la calle a los pocos caminantes.

Los ojos semicerrados siguen los movimientos de las llamitas que se elevan, se retuercen y se apagan luego. Asoman igualmente, pasan y desaparecen figuras celestes, figuras espléndidas, y otras que son tan feas que inspiran pavor. A la espera del Bien, las horas se suceden. Los labios musitan plegarias...

Se oyen ahora más claras las voces que nos vienen de la estufa; el aullar del viento que entristece aun más; allá entre el tejido la aguja que no canta, me mira en actitud de reproche.

Es que estoy muy cansada y no puedo tejer. Un cansancio del alma que enerva más que el cuerpo.

Los guijarros son muchos y en muchos tropecé: tengo los pies sangrando; infinitas espinas lacera-

ron mi carne, y muy tempranamente conoc íal Dolor.

En la calle se oye una canción de adiós. Un hombre que mendiga exhala todas tristes las notas.

Tal vez el frío, muy pronto va a hundirlo en eterna quietud. Mas una última esperanza le ofrece una ilusión, y se aferra a la vida.

El mendicante es solo y nada espera ya. Mas yo que aguardo siempre al Amor ¿por qué tarda en llegar?

Aun los desengaños no han podido abatir todas las fuerzas que residen en mí; aun no han podido privarme de la fe; a un amor espero que sea toda la Vida!...

Recuerdo que miré a un lado y a otro. Advertí a un bello mancebo a quien dí una rosa. Sabed que a mitad del sendero lo encontré, y creí que *Aquel* era el soñado por mí.

Mientras yo me sumía en un profundo silencio de adoración, *Aquel* no me entendía, y destrozó a la rosa...

¡Dios mío! ¡Qué frío siento en el alma! Llueven sobre mí las horas muy amargas, y... no puedo olvidar ese gran desencanto!

¿Será el último?... No sé. Pero puedo asegurar que esta plañidera canción será la última que eleve mi voz...

Percíbese en la alfombra los pasos de la dulce ma-

dre mía. Bajo su ala corro a cobijarme. He querido volar y formar otro nido, mas fracasó el intento.

¿Será porque fueron azules los sueños y las visiones blancas?

Tengo los brazos cargados de flores y ha tiempo que camino en busca de un Príncipe, como el Azul del cuento.

¡Presiento que nunca lo hallaré!...

¡Oh madre, madre santa! Cansada ya me siento, y me refugio en ti.

¿Por qué te entristezco queriéndote tanto? ¿Por qué esta nota continua de llanto sin consuelo?

Porque todo es mentira en la vida, todo, menos tú!...

La aguja me pregunta: ¿Terminaste el lamento? Porque a mi turno, debo entonar la última canción!

LA ARMONIA

Junto a mi ventana sobre la que bajan sus pârpados misteriosos las cortinas, prosigo mi labor.

El bastidor, mi fiel amigo, encierra en sus brazos un trozo de cañamazo.

La aguja se detiene indecisa... la incertidumbre nos asalta... El estilo Esmirna, de tonalidad armoniosa, de espeso vellón de lana en la que se hunde el pie, en la que se ahoga el paso y provoca el silencio, me seduce. ¿Bordaré yo un tapiz?

Sí; la aguja impulsada por la voluntad, sumisamente obedece.

El otoño asocia al traspunte multicolor sus deliciosas impresiones de ambiente, de aire perfumado, de luces, de la caricia blanda de una lluvia de oro de hojas de acacia suspendidas en la atmósfera, como el leve pesar de una alegría extinguida...

La aguja, punto por punto, va juntando la gruesa lana, en las diversas gradaciones del amarillo; las flores son rosas y verde, como el amor, como la esperanza. En cambio, el fondo es obscuro como

un dolor oculto, obscuro como la ingratitud, como la injusticia.

Para otras flores, el turquesa subido me ofrece su hermosura de color. Así también la vida ofrece al alma en una hora el jirón de cielo de un azul inmaculado.

Tengo que disponer los colores y entonarlos hasta que el trabajo ejecutado con cuidadosa diligencia ofrezca un buen conjunto.

Aunque en la vida dispongamos y entonemos los colores con cuidado, casi siempre desarmonizan: para cada bondad, un mal; para cada alegría un pesar, para cada luz una sombra!

(La aguja prosigue lentamente su labor... Pienso en Esmirna, en los muebles raros, en la elegancia sobria, en el acorde armonioso de todos los objetos de la vivienda asiática, antiguos o modernos, en el arte y en la riqueza de sus salones, donde sus tapices entonan con nobleza y encanto simpático.

Esmirna está lejos. El pensamiento inmenso que avanza por donde quiera hízome asomar a sus puertas.

Esmirna está lejos... y yo frente a la vida. El acorde armonioso no existe sino en muy pocas almas. Ni antiguo ni moderno, ni arte ni riqueza, todos se codean, pero todos desentonan sin cuidarse, sin buscar la armonía, desconcertando siempre, siempre!...

INDICE


COLL & VACCARO
BELGRANO 1902
BUENOS AIRES